



Ratio Juris

ISSN: 1794-6638

editor.ratiojuris@unaula.edu.co

Universidad Autónoma Latinoamericana
Colombia

Escobar García, Bibian; Garcés Gómez, Juan Felipe
MONJAS Y MAESTRAS EN MEDELLÍN 1920-1957: DOS FORMAS DE MATERNIDAD
Ratio Juris, vol. 7, núm. 15, julio-diciembre, 2012, pp. 149-175
Universidad Autónoma Latinoamericana
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=585761338008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

MONJAS Y MAESTRAS EN MEDELLÍN 1920-1957: DOS FORMAS DE MATERNIDAD*

BIBIANA ESCOBAR GARCÍA **
JUAN FELIPE GARCÉS GÓMEZ ***

Presentado: 1 de noviembre de 2012 • Aprobado: 28 de noviembre de 2012

Resumen

Pretendemos ampliar el concepto de maternidad trabajado en nuestro libro: *Cuerpo femenino materno. Medellín 1920-1957*, extendiéndolo a la vivencia femenina de la religión como monja y al trabajo como maestras en escuelas, puesto que en estas dos funciones otorgadas por la razón patriarcal a las mujeres, se puede analizar el catálogo de virtudes que debían adquirir estas dos formas de subjetividad femenina como otra forma de “maternidad”, como dispositivo de subordinación que se desplegaba sobre sus cuerpos con el fin de mantener restringidas sus potencialidades para el cuidado y protección del otro, como

* El texto es producto final de la investigación financiada por la Universidad Autónoma Latinoamericana (Facultad de Derecho), *Cuerpo femenino materno. Medellín 1920-1957*, iniciado en 2009 y terminado en 2010. Adscrito al Grupo de Investigación Ratio Juris de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Trabajo presentado en el III Encuentro Género y Derecho de la Unaula, septiembre 20 y 21 de 2012.

** Licenciada en Pedagogía Reeducativa de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Licenciada en Educación: Historia-Filosofía de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Especialista en Desarrollo del Pensamiento Reflexivo y Crítico-Creativo, de la Universidad de San Buenaventura. Magíster en Educación y Desarrollo Humano de la Universidad de Manizales en convenio con CINDE. Candidata a Doctora en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Integrante del Grupo de Investigación ECSE de la Universidad de Medellín. bescobarg@gmail.com

*** Filósofo. Estudiante del Doctorado en Educación Estudios Interculturales. Jefe del Departamento de Pedagogía, Facultad de Educación, Universidad de Antioquia. Integrante del Grupo de Investigaciones sobre Formación y Antropología Pedagógica e Histórica -FORMAPH-, Medellín-Colombia.

una extensión de su labor doméstica. La metodología de trabajo fue análisis de discurso con una clara postura feminista.

Palabras clave: maternidad, monjas, maestras, cuerpo, formación

NUNS AND TEACHERS IN MEDELLIN 1920-1957: TWO WAYS OF MOTHERHOOD

Abstract

We intend to broaden the concept of motherhood dealt with in our book: “*Maternal female body. Medellín 1920-1957*”, expanding it to the female experience of religion as nuns and their work as teachers in schools, since in these two functions vested on women by patriarchal reason can be analyzed the inventory of virtues that these two forms of female subjectivity should attain as another form of “motherhood” and as a subjugation device that unfolded over their bodies in order to maintain their potential restricted to the care and protection of the other, as an extension of their domestic chores. The working methodology was discourse analysis with a clear feminist position.

Keywords: maternity, nuns, teachers, body, training

BONNES SOEURS ET ENSEIGNANTES A MEDELLIN 1920-1957: DEUX FAÇONS DE MATERNITÉ

Résumé

Notre propos dans ce document est d’élargir le concept de la maternité à travaillé dans notre livre: «Corps féminin maternel. Medellín 1920-1957», en l’étendant à l’expérience féminine de la religion en tant que religieuse et au travail comme enseignante dans les écoles, puisque dans ces deux fonctions attribuées aux femmes par le raisonnement patriarcal, il est possible d’analyser le répertoire de vertus que devaient prendre ces deux formes de subjectivité féminine comme une autre sorte de «maternité», comme dispositif de subordination qui se déployait sur leurs corps afin de maintenir limité leur potentiel pour les soins et la protection de l’autre, comme une extension de leur travail domestique. La méthodologie de travail est l’analyse de discours avec une position clairement féministe.

Mots-clés: maternité, religieuses, enseignantes, corps, formation.

INTRODUCCIÓN

Se impone contextualizar las posiciones en la sociedad de las mujeres antioqueñas entre 1920 a 1957, según nuestros criterios de reconstrucción histórica. Para dar inicio a la presentación de los discursos oficiales sobre la mujer, debemos destacar que se esperaba de ella un proceso que condujera a ser un “dechado de virtudes”, a saber: obediencia, sensatez, sencillez, pudor, ternura, prudencia; además de una notable capacidad de elogiar y guardar secretos. Una mujer que no ama excesivamente el lujo ni acepta regalos de desconocidos, que no es interesada, ni calculadora, ni descaradamente coqueta; que no anhela aparecer en la vida pública, sino que a imitación de María la Madre de Dios, permanece oculta en el hogar o en el templo donde aprende sabiduría para poder aconsejar a hijos, alumnos, compañeras de trabajo:

La mujer medellinense es práctica, realista, “en el campo de los afectos se encuentra la medellinense dotada de magníficas cualidades; y debe ser considerada en general como una mujer propensa a llenar bien los deberes de esposa, madre, hermana, etc.”. La mujer medellinense es apasionada y “esa pasión es la que bien gobernada se convierte en amor perseverante para el marido, en cariño profundo para los hijos, en religiosa obediencia para los padres, en caridad para los desvalidos, en abnegación en los instantes aciagos y en sacrificio en los días de prueba”. Es una mujer trabajadora, “este es el verdadero feminismo que deben conquistar nuestras mujeres: su ayuda al hombre en varias ramas del trabajo, exceptuando algunos que no concuerdan con el genio de ella (Pitillas, 1922).

Perseverancia y cumplimiento del deber de manera casi religiosa que se verá puesto en escena dentro de conventos y en el aula de clase, pues estos son los lugares propicios para ellas ejercitarse en el sacrificio, la abnegación, la delicadeza, la protección, la medida, la prudencia y el cuidado de los otros de manera decidida, pues la salvación de su alma es su principal objetivo, y para ello cada una tiene momentos de enseñanza, ya sea del Evangelio, Catecismo o Normas de Urbanidad. Se higienizan las costumbres morales no solo para lograr la asepsia de la ciudad que se urbaniza poco a poco, sino para salvaguardar las costumbres morales puestas en jaque por el progreso.

Me agradan las mujeres bien femeninas, esas mujeres de las que puede decirse que son débiles y valientes a la vez...heroicas y mimosas...esas que todo lo pueden, desde afrontar dificultades hasta llorar

en público por pequeñeces... Que las mujeres sin lágrimas carecen de sensibilidad... Me agradan las mujeres de voluntad firme para las cosas importantes de la vida; pero con sutileza para las cosas pequeñas, intrascendentales, las que se extasían ante una flor, vibran ante una palabra, aman los libros, cuidan su vestimenta, son pudentorosas, actúan con firmeza ante lo insignificante y ante lo magno... y ello no obstante, vigilan y cuidan su hogar desde el salón hasta la cocina (N/A, 1952).

A la mujer medellinense de 1920 a 1957 se instaba a ser pasiva, obediente, a saber escuchar sin hacer sentir mal a su interlocutor, a tener modales encantadores, a no mentir, a no inmiscuirse en vidas ajenas, por tanto, a no mantenerse en casas de otros, sino en la propia, de cuyas intimidades será guardiana, a garantizar que todo sea físicamente agradable a los ojos de los habitantes del hogar, especialmente el marido.

Para lograr esto último debía seguir consejos de prensa sobre la importancia de dormir bien, no comer demasiado y remplazar lo habitual por frutas y verduras, permanecer mucho tiempo al aire libre, hacer ejercicios diariamente, tomar el baño matutino con agua fría y uno nocturno con agua caliente, lavarse el cabello una vez a la semana y frotarlo diariamente con un cepillo, hacerse cada noche un masaje facial, tomar mucha agua y procurar no estar triste, porque la tristeza le quita brillo a los ojos, las opaca y las hace poco amenas. A lo anterior se suma el consejo de no pintarse, dado que

La mujer no debe cambiar su rostro auténtico por uno imaginado, por una máscara a base de substancias positivamente perjudiciales a la salud en lo físico y en lo espiritual... La mujer debe ser la mujer. Con los dones y atributos que la Providencia le han dado. Y todo cuanto de extraño y ajeno a estos dones y atributos haya en ella, es contrario a las leyes naturales, las cuales jamás se quebrantan impunemente (N/A, La mujer no debe pintarse, 1935).

Resulta paradójico que se afirmara que el rostro sin maquillajes era el auténtico, es decir, no tener rímel o labial era ser verdaderamente una mujer, no se concebía que la autonomía, la toma de decisiones, la construcción de una genuina forma de habitar el mundo como mujeres fueran muestra de sí mismas. Mantener el rostro limpio y bello era suficiente para los hombres y para muchas mujeres fieles a la palabra inventora de sus subjetividades, esa palabra de hombre que apostaba por una autenticidad falaz, acomodaticia a sus deseos de sumisión y belleza física:

Realmente, las mujeres aquí eran esclavas por muchas circunstancias. Como se les predicaron tantas veces, como dije antes, las virtudes negativas y esto procede de tantos siglos atrás —hay que recordar el cinturón de castidad y todas las demás atrocidades a que fue sometida la mujer durante la historia; la quema de brujas, la sujeción completa al marido, el derecho del hombre a matarla si era infiel o tan siquiera si él así lo creía— bueno, bueno, todo esto formó en la mujer una segunda naturaleza como una costra, como un herrete de servidumbre. De manera que muchas necesitarán mucho más tiempo para librarse de ese herrete que les legaron; todavía se ven a través de los hombres. No actúan como elementos independientes, conscientes y activos, con seguridad propia. Hasta temen la palabra feminista, porque los hombres se la hicieron antipática. Les metieron en la cabeza que decir feminismo es propugnar la lucha de sexos y que el perfume de la feminidad es perfume que vive bien guardado en la cabeza. Esta nos sirve más para llevar el perfume quitaesenciado en ella, o para lucir peinados y sombreros. Al primer contacto con las disciplinas del espíritu y de la inteligencia se evaporaba el perfume. De manera que a la mujer se le pedía que huyera de todo lo que oliera a literatura, ciencia, carreras, pues acababa con su feminidad y encanto. Y muchas se lo creyeron y lo siguen creyendo (Laverde Toscano & Sánchez Gómez, 1986, p.44)

Esta mujer con una segunda naturaleza, con una costra que la oculta, es a quien se le dice que su mayor ambición debe ser inspirar amor; por eso, cuida, protege, se desvela, se diluye ante los deseos de su padre, su hermano, su amor. Para su padre es una hija obediente, un apoyo ilimitado, una cuidadora de sus hijos cuando falta la madre, una trabajadora ejemplar cuando él no está porque abandona el hogar en busca de aventuras, se enferma o muere. Para su hermano es incondicional si se trata de guardar secretos, evitar castigos, servir alimentos. Para su amor es coquetería, candidez y virginidad segura, romanticismo, capacidad de escucha, conversación amena, gestos amables, sonrisa acogedora, puntualidad y fidelidad:

La mejor dádiva que puede ofrecer una mujer al hombre que ama es precisamente su amor que “sabe ser absoluto, duradero y fiel”. Para ella “no hay más hombre en el mundo que el amado, ni más alegría que la de su presencia, ni más sortilegio que el de sus besos”. El resultado de esto es la segunda dádiva, es decir, el sacrificio; la tercera es la abnegación “consecuencia del renunciamiento voluntario”. Todo esto hecho con alegría (D’erzell, 1933)

Este cuerpo femenino subordinado es el que se levanta temprano a hacer surcos en la tierra, el que llega a la fábrica a operar máquinas; el que cuida enfermos en hospitales; el que enseña a leer, escribir y rezar en el aula de clase, el que adora al Santísimo en conventos o el que se entrega a sus clientes en burdeles llenos de música y aguardiente. Ese el cuerpo que reina en el hogar, mantiene el orden, hace la comida, lava ropa, zurce las medias, lucha por mantenerse feliz, acomodada a su destino, resignada a su papel, aparentemente realizada.

Este cuerpo encerrado, vigilado y controlado por el esposo, el médico, el proxeneta, el político, el abogado, el sacerdote, la razón patriarcal, es un cuerpo que se mueve y trabaja de forma compulsiva, no se detiene ni saca tiempo para el descanso, siempre cumple con deberes rutinarios; por tanto, desconoce el cambio como alternativa, está cautivo del reloj: ¡Es hora de ir a misa, de recoger los niños, de limpiarse las uñas, de barrer, de comprar el pan, de, de, de...! De tanto hacer se invisibiliza el cuerpo con el que se hace, de tanto repetir se naturalizan las situaciones y se normatizan, de tanto ocupar el cuerpo en el servicio del otro se borran sus sensaciones y percepciones reales.

La mujer medellinense de 1920 a 1957, trabaja tanto que no percibe que se conjura su cuerpo, que se silencia, que se subordina y se ha evitado tanto la tensión con el otro y consigo misma que no se toma conciencia de que la existencia se arraiga en el cuerpo y que el mismo tiene lugares de habitación distintos al privado. Esta mujer es incansable, no se queja por el dolor, la enfermedad o el embarazo, es la que escucha de la voz de su Confesor que su deber es tener los hijos que Dios le mande; por tanto, no puede usar anticonceptivos, ni negarse a “atender” sexualmente a su marido, y esto nuevamente la fragmenta, dado que no concibe que pueda existir sexualidad y disfrute aislado de la reproducción; el deleite es para el hombre y lo ofrecen —no lo tienen— las prostitutas.

Las mujeres antioqueñas pasan la mitad de su vida pariendo y cuidando hijos, enseñándoles a las niñas que Dios las ve; evitando, por tanto, que se bañen desnudas o que exploren su cuerpo. No en vano el cuadro de Corazón de Jesús está en cada sala, el del Ángel Custodio en las habitaciones, acompañado del moribundo que es disputado por ángeles y demonios. En los pechos se guardan “detentes” y, de las blusas pende la medalla de la Virgen Pura que las libra de toda tentación; no es casual que se entone el Rosario en cada atardecer y que se vaya a misa los primeros viernes, los domingos y fiestas de guardar; que se catequice para la Primera Comunión

como el acontecimiento por excelencia y que se preserve el cuerpo de pecados y de comida desde la noche anterior, para que Jesús Eucaristía no llegue a un cuerpo corrompido, sino por el contrario lo halle limpio en todos los sentidos; además, de alegre, sereno y bondadoso:

La bondad es la virtud que va a darle valor a las otras cualidades que usted posea, adquiera y cultive, y sin ella las otras palidecen y se esfuman. La alegría: no se imagina Usted, lo que significa esta virtud y con cuánta constancia debe cultivarse si es que se posee, y cuántos esfuerzos debe hacer una persona por adquirirla aunque tengan que crearse una segunda naturaleza. La vida es dura, y el prójimo es muchas veces incómodo, pero Usted, debe aprender a desarmar con una sonrisa y disimular y aún endulzar el momento más difícil con un gesto de afecto. Una mujer que tiene en los ojos la eterna frescura y en los labios el gesto acogedor, es una riqueza en este mundo de contrariiedades y de penas...Aún en los más apurados aconteceres su buen genio le servirá de escudo y de lección. Y si Usted, a pesar de que no haya sido feliz, conserva su frescura, puede considerarse hermosa o por lo menos atrayente, ya que no hay espectáculo más reconfortante que la sonrisa apacible de quien ha sido rudamente maltratado por la suerte. El valor: cultive también el valor, no el que se necesita para morir, sino aquel de que alardeaba Santa Teresita de Jesús en sus horas postreras, es decir, aquel que se requiere para vivir, para vivir sin claudicar, sin desesperarse, sin dar rienda suelta a la congoja; valor para aceptar la vida como ella es en sí, lo que no significa pasiva resignación, ya que debemos hacer permanentemente lo posible para embellecerla y mejorarla. Hay personas que se hacen desgraciadas porque no supieron adaptarse valerosamente a su destino, al menos el tiempo necesario para aleccionar la voluntad con la finalidad de engrandecerla y dignificarla; si se siente incómoda por ejemplo, en el lugar en donde vive o en el medio que la rodea, no se lo deje conocer del prójimo, porque la condenarán a quedarse siempre allí; tenga fe y un día Usted, logrará mejorar su condición por su propio esfuerzo, o llegar a cobrarle cariño a la prisión haciendo lo posible por hacerla interesante y atractiva (Vasco Gutiérrez, 1956).

Expuestas a grandes rasgos las virtudes que se esperaba conquistaran las mujeres antioqueñas, abrimos el espacio para la maternidad vivida por las mujeres monjas, que si bien no procrean ni están al servicio de los otros en burdeles, ni trabajan como obreras en fábricas, pretenden, también, realizar la función naturalizada de la maternidad como madres universales y esposas de Cristo.

ENTRE CUENTAS DE ROSARIOS, AVES MARÍAS Y HÁBITOS...

A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos,
desde los palacios de marfiles te deleitan las arpas.
Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina,
enjoyada con oro de Ofir.
Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza:
póstrate ante él, que él es tu señor.
La ciudad de Tiro viene con regalos,
los pueblos más ricos buscan tu favor.
Ya entra la princesa, bellísima,
vestida de perlas y brocado;
la llevan ante el rey, con séquito de vírgenes,
la siguen sus compañeras:
la traen entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.

Salmo 44 (2-10)

La mujer-monja ha sido llamada por Dios para servirle haciendo de ella un vaso depositario de sus detalles, una porción sagrada de tierra en la que ningún hombre podrá pisar, ni arar para fecundar, pues él es su esposo y de manera celosa la cuida para que en la fraternidad con los otros demuestre su fidelidad. Entre muchas mujeres, el amor de predilección de Dios se ha posado sobre ella para que se entregue a la misión de hacer crecer la Iglesia y, en la obediencia rendida acepte que su lugar en el mundo lo designan sus superiores: hacer lo que se le pide de manera humilde, vencer la fuerza alta de su voluntad es un ejercicio diario que hace fuerte el espíritu y doblega la soberbia.

Una mujer-monja es aquella que mira solamente a la Cruz de Cristo y en ella encuentra motivación y alegría para asumir las renuncias que cotidianamente debe hacer, pues a mayor capacidad de inmolación más fuerza en la virtud de sus actos. Comer menos de lo que le gusta y más de lo que detesta, guardar silencio cuando desea hablar, no protestar, ser amable con sus hermanas...más con las que desprecia y menos —por castidad— con quienes ama. Hacer sus deberes de manera diligente y sin sermonear cuando estos le resultan incómodos, no sentir vanidad ante la belleza que oculta el hábito ni anhelar miradas furtivas de los hombres que encuentra a su paso cuando sale del convento.

Las mujeres–monjas se encierran dentro de conventos cuyas paredes altas les impiden ver el mundo y dejarse penetrar por él, lugares silenciosos donde las imágenes religiosas controlan sus cuerpos haciendo que, por ejemplo, sus lenguas únicamente se usen para recitar la Liturgia de las Horas en tiempos y espacios estrictamente determinados; cuerpos cubiertos por hábitos que ocultan bellezas y deforman deseos, cuerpos ignorantes que desconocen o temen el placer del roce y la caricia, cuerpos sentidos como espacios de pecado:

Deserotizar y volver asexuado el cuerpo de las monjas implica eliminar las expresiones de vivencia cultural. Las formas de caminar, de hablar, de reír, de mover el cuerpo; los gestos y otros lenguajes son expresiones teñidas de erotismo y de adscripción genérica. En una sociedad que hace de las mujeres cuerpos que deben agradar y seducir, sus cuerpos tienen una carga erótica específica, asimilada de manera inconsciente, y otra manejada más o menos a voluntad. Poco a poco las monjas desaprenden a mover las caderas, los gestos coquetos, el manejo seductor de la voz o de la risa. Los van trocando por movimientos rígidos y por voces infantiles o masculinizadas. Cada músculo, cada movimiento, cada entonación de la voz, aun la mirada, deben dejar de ser femeninos (Legarde, 1990, p.510)

Ser una mujer-monja es dejar de mirar seductoramente y aprender a bajar los ojos pudorosa y prudentemente, es renunciar al acto de perfumarse para no atentar contra la pureza; es autocontrolarse, inclinar la cabeza, ser humilde, saber escuchar. Es ponerse un hábito blanco, gris o café igual al de sus hermanas en el que sus caderas no resaltan, ni sus senos toman volumen. El cabello se corta como signo de pureza y desprendimiento absoluto del erotismo.

Una mujer-monja sabe guardar silencios fecundos, escuchar la Palabra de Dios y confesar los pecados que le impiden ser santa, pues esa es su meta mayor: imitar a Cristo y a los fundadores de su orden en busca de encarnar los valores que le permitirán ser una digna, pero humilde, hija escogida de Dios. Prestar atención a la Voz Divina, es reconocerla no solo en los textos sagrados que orientan su vida, sino en las palabras de sus superiores que trata de aceptar como parte de su proceso de crecimiento en santidad. Una mujer-monja acepta que el amor es entrega y docilidad para ser formada, pues si bien es la predilecta de Dios, no es perfecta y el Crucificado le recuerda en cada pasillo que dio su vida por ella, así que sus dolores son ínfimos y adquieren sentido cuando los ofrece como muestra de amor.

Este proceso de formación no es sencillo, experimentan estas mujeres profundos sufrimientos, soledades terribles que atraviesan de manera pudorosa y en silencio, pues hacerlas públicas hará que sus hermanas pierdan la alegría y se contagien, así pues, se subordina la experiencia personal a la vida comunitaria. Una mujer-monja es como el barro en manos del alfarero: dócil para que él saque los escombros, la basura, las piedras y luego de amasar y amasar, es decir, de causar dolor, salga a la luz una bella ánfora dispuesta a llenarse de agua para calmar la sed de todos los hijos de Dios que empiezan a ser sus hijos: hijos concebidos sin copular, sin placer, sin besos ni abrazos, sin gemidos ni ahogos, sin risas cómplices, sin cuerpo. Hijos concebidos sin erotismo, pues la Palabra de Dios y de los Superiores es la que la hace fecunda. Hijos que no deformarán su vientre, útero que no sabrá contener vida, hijos que no abortará jamás pues confía en que Reino de Dios crecerá en ellos y los conducirá por sendas amorosas hasta la morada del Padre. Hijos nacidos de la frustración de muchas, de la ingenuidad de otras, la amargura o la alegría de aquellas que defienden y asumen su vocación como un privilegio y en ella hallan sostén para las adversidades.

La obediencia de la religiosa se obtiene con la anulación de las particularidades de quien finalmente, debe despojarse de sí y poner su existencia al servicio de los otros. La obediencia de la monja es el mecanismo que permite conformarla al igual que a las otras mujeres como ser-para-otros. Sin embargo las monjas son seres-para-otros magnificados, llevadas al extremo; sus límites, a diferencia de las otras mujeres ni siquiera abarcan a otros propios y próximos. La anulación de la personalidad individual de la monja, debe concluir con la anulación de sus deseos: del deseo, mediante la disciplina de su cuerpo y su subjetividad. Estas disciplinas se conforman sobre todo en torno a una vida de sacrificio de renuncia (Legarde, 1990, p. 486)

Mas, no solo deberán obedecer o permanecer castas, sino que además se comprometerán con votos de permanecer pobres, es decir, no manejarán dinero, no recibirán salario para usarlo según su deseo y criterio, no tendrán más de lo necesario y lo que tengan será sencillo, no sabrán lo que es poseer y administrar herencias, dado que estas le pertenecen a la comunidad. No solo se harán pobres en ámbitos económicos, sino también en esferas espirituales, ser pobre es abandonarse a la Voluntad del Padre y Superiores, quienes le dirán en dónde y con quiénes vivir, qué oficios desempeñar, a qué horas levantarse, acostarse, trabajar, orar; ser pobre, es ahorrar gastos innecesarios a la Comunidad; por tanto, no es santo quejarse de enfermedad.

des que pueda ofrecer a Dios en sacrificio; ser pobre es, por lo demás, no banalizar su cuerpo con bálsamos o cremas que lo excitarán y arrojarán a las tentaciones de la carne.

Ser mujer-monja es ser casta y no solamente en el sentido anteriormente mencionado de la prohibición de placer sexual y coital, sino que implica asimismo, no tener amigos o amigas exclusivas que la distraigan del amor divino; pero, curiosamente esas amistades permitirán ejercicios de escritura epistolar en los que no solo se intercambian afectos humanos y divinos, sino también conocimientos y saberes; por tanto, no es extraño que la mujer-monja sepa leer, escribir, hacer cuentas. Estaban, pues, abiertas al aprendizaje que no siempre se ceñía a lo que el control de la Regla ordenaba.

Estas epístolas permitían la transmisión de conocimientos que se adquirían en viajes, la narración de experiencias de misión, el encuentro con otras culturas y lo de ellas extractado para la vida. Vale la pena mencionar que estas monjas se encontraban en lugares privilegiados en cuanto a conocimientos se refería, además, porque les era necesario saber muchas cosas, entre ellas algunas de las pecaminosas, para poder mantener la guardia y la vigilancia sobre las niñas que educaban.

Estas correspondencias pretendían consolar a sus hermanas de Comunidad, animarlas para que no perdieran la fe, la esperanza, la caridad. Se exaltaba el amor a Cristo y a los hermanos a quienes consagraron su existencia. Escribir a sus familias de origen era también posible, pero con el consentimiento de sus Superiores, pues en ello había que ser prudente para no hacer mención de lo que era asunto privado; por tanto, no era extraño que se mostrara la carta antes de enviarla a los superiores y que si estos lo indicaban se hicieran correcciones o el sacrificio de no enviarlas para purificar el alma y crecer en fuerza de voluntad.

No sobra señalar que decidir ser una mujer-monja es hacer sentir orgulloso al padre porque puede exhibirla ante amigos y familiares como una mujer de elevada virtud; pero, al tiempo hace sentir confusa a la madre —por un lado aliviada, pues sabe que ella no sufrirá los impases del matrimonio— pero, por otro, preocupada porque tiene dos manos menos que le ayuden con las faenas del hogar.

Otra forma de escritura, es decir, otra posibilidad para decirse, crearse, imaginarse y/o abrirse a las fuerzas formadoras —¿controladoras?— del confesor, eran los diarios en los que se mostraban u ocultaban los más íntimos pensamientos y sentimientos, pues en ellos las monjas expresaban sus experiencias místicas, sus meditaciones y comunicaciones con la divinidad

y, en esa medida, se verificaban procesos de ascesis y crecimiento espiritual que daban cuenta de la lucha interna que se sostenía contra el mal, la pereza, la desidia, la carne, para que fuera el Espíritu de Dios el habitante único del corazón monjil.

Vale la pena, en este apartado, mostrar algunos apartes de una carta escrita por Laura Montoya en defensa de la vida de clausura; misiva redactada para defenderse de los ataques a los que fue sometida públicamente por el doctor Alfonso Castro, quien escribió una novela titulada ‘Hija Espiritual’, con el fin de desestimar la vida religiosa y a esta mujer especialmente, dado que la acusaba de haber influido en su hermana Eva para que intentara cancelar su matrimonio aduciendo vocación religiosa. Laura Montoya, en esta época maestra de escuela y beata, expondrá que la vida de clausura a la que se siente llamada no atenta contra ninguna ley social ni natural y que:

El amor, en el sentido humano, y en el matrimonio, son derechos no obligaciones, y menos lo serían en las mujeres que no tenemos la iniciativa en puntos tan capitales. El derecho de encerrarse lo tiene quien tenga el de salir y andar por donde le acomode, puesto que lo uno implica lo otro; y más habrá de tenerlo la mujer que es casera por naturaleza (Carrasquilla, p. 646).

Se evidencia que si bien la cultura admira las monjas, hay un sesgo hacia ellas y las mira con sospecha por no optar por el matrimonio y la maternidad, enjuicia su salud mental y ve como anormal que una mujer pueda sentirse realizada sin la compañía de un hombre que la provea de protección, dinero, apellido. Tener un hombre al lado es, para la cultura, contar con alguien que responde por ella, pues no se la considera capaz de hacerlo por sí misma, pues su condición legal está a la par de los niños y los locos. No se cree posible que una mujer pueda ser feliz dentro las paredes conventuales, haciendo oración, trabajando en escuelas, hospitales u orfelinatos; bordando, horneando panes y contemplando la divinidad que habita el Sagrario y, considera que las mujeres en clausura o beatas son amargadas, adustas, estériles, y ante esta acusación responde Montoya:

Que este sea el criterio del mundo, enemigo del alma, es muy natural; que sea el de los materialistas; es muy razonable; que sea el del vulgo necio, es muy lógico; pero que a ese criterio se acoja el Doctor Alfonso Castro que, en muchas de sus obras ha ensalzado y cantado el espíritu humano, es casi incomprensible. ¿Les niega el autor el alma a las solteronas? ¿Les hace una casilla aparte en la clasificación del

reino humano? Si es así tiene algo de razón, pero a la vez debería admirar nuestra actitud, más bien que afearla (Carrasquilla, p. 648).

Admiración que podría sustentarse en la capacidad de abandono: a su familia de origen, pues padres y hermanos con sus múltiples necesidades pasan a un segundo plano para acoger las necesidades de personas desconocidas, pero cuyo rostro pobre representa el de su Amado Esposo. También en su infatigable entrega al trabajo, pues no hay desmayo, cansancio, enfermedad, deseo de espaciamiento, asco ante las llagas de los enfermos o pereza que se anteponga al deber al que se consagra como una madre diligente y siempre alegre. O, por su capacidad de despojo, por ejemplo de la propia historia, pues cuando se viste el hábito de la Comunidad a la que ha sido llamada, se olvidan apellidos nobles, amores experimentados, conocimientos adquiridos para ser una hermana más que vino a servir, no a ser servida.

Si no somos más que animales; si somos seres inútiles; si no servimos ni para ornato ni para recreo; si no tenemos objetivo ni significado en la vida, ¿no es cierto que representamos nuestro papel de beatas chasqueadas e inútiles con demasiada mansedumbre? ¿Qué nos importa entonces a nosotras la existencia propia ni la ajena? ¿Qué nos importa la marcha de la humanidad? ¿Qué la cadena de generaciones? Doctor: es muy común juzgar a la mujer como animal solamente, sin pensar que tiene un alma como el hombre, y que también tiene que responder por ella. Ya ve usted si esto será criterio. Ninguna mujer, por desnaturalizada que sea, desconoce la grandeza de la esposa y de la madre; ninguna ignora lo que ellas son e implican en la humanidad; pero una cristiana o espiritualista no puede cifrar en estos solos atributos la excelencia de la mujer: sobre estos atributos accidentales está el atributo esencial; está el espíritu: sobre la esposa y la madre está el alma (Carrasquilla, p. 648).

Y si bien la mujer-monja está llamada a ser humilde, la Beata Laura Montoya, se esfuerza en este debate en poner de manifiesto que la maternidad no solo se presenta en la tenencia de una nueva vida en el vientre, alimentarlo con la propia sangre, darle la propia carne, proteger del frío y alimentar, sino que cuando se cuida a un desesperado en su enfermedad o se educa a un niño en una escuela, cuando se ora en la capilla o se borda un pañuelo, se está dando vida espiritual, sosteniendo, dando fortaleza, protegiendo lo humano. Las mujeres-monjas cuidan la vida humana entregando su propia vida, y esto da tantos o más frutos que los de las mujeres-madres,

pues su entrega es desinteresada en grado sumo, pues sería vanidad pensar que es ella quien siembra. Su labor es reproducir el Reino de los Cielos, y en él el sembrador y el Cosechador es Cristo, ella es solo una herramienta del Amor Divino.

La maternidad de la monja se expresa en el cuidado no solo a los cuerpos o mentes de los pobres que Dios les encomienda cuidar, sino en el acompañamiento espiritual que se hace a los desconsolados, los desesperanzados, los oprimidos, los que tienen hambre y sed de justicia, y esta presencia evangélica debe valorarse, según la Beata Laura Montoya, pues le resulta claro que allí también las mujeres encuentran certeza de su lugar en el mundo que, es bastante reducido cuando se imita solo a la cocina o el lavado y cuidado de la ropa de marido e hijos. La mujer-monja expande las fronteras que recluyen a la mujer al ámbito doméstico y, si bien podría pensarse de manera rápida que no es mucho el cambio de las paredes de la casa a las del convento, podría recordarse que no pocas mujeres-monjas están viajando por el mundo con un espíritu misionero que aunque obediente, casto y pobre es una forma de decir que hay otras formas de ser-mujer, realizarse, ser felices y fecundas vírgenes que portan la Palabra de Dios.

A una mujer que se sienta con el alma redimida no puede pesarle su soledad. El instinto de la maternidad —que usted ha explotado en su novela con tanto esmero— reside, por su misma magnitud y trascendencia, en la parte animal y espiritual de la mujer; y el espíritu es, seguramente, quien le imprime y le presta mayor grandeza y eficacia. Por lo mismo, no se necesita ser madre materialmente para satisfacer ese instinto: por eso la que no tiene hijos por la carne, los busca por el espíritu y por el corazón, ya en parientes próximos, ya en hospicios y orfelinatos, ya en los hospitales y colegios, ya en el seno mismo de comunidades religiosas. Creo que no se puede hacer de este instinto una aplicación más humanitaria, ni una consagración más hermosa. Así que el tedio y el despecho que se nos atribuye a las beatas no tiene por qué existir (Carrasquilla, p. 649).

Afirmará, también, Laura Montoya que la humanidad tiene una tendencia natural a la religiosidad; por tanto, creará formas de relacionarse con ella en busca de la realización de su ideal, y cuestiona a la razón patriarcal que a pesar de afirmarse liberal y racional condena esta manifestación de la diversidad y libertad humanas; tal argumento es interesante porque denota la sutileza intelectual de una mujer maestra y beata que encuentra contradicción entre lo que se dice y lo que se hace. Esto es muy importante, debido a

que pone a la educación, nuevamente, como una forma interesante de desarrollo humano que posibilita la lectura del mundo de forma crítica y por lo tanto, el empoderamiento de la propia existencia:

Algunos tienen los conventos como restos ominosos de épocas bárbaras y aseguran que, merced al progreso, se irán acabando hasta extirparse por completo. ¿Se cumplirán tales pronósticos? Soy tan beata, señor, que se me figura que no; que siempre habrá conventos, cualesquiera que sean las condiciones y circunstancias del progreso. Si es impasible y neutral, nada le va ni le viene con ellos; si es religioso e idealista, tendrá de fomentarlos; si racionalista e impío, habrá de permitirlos, porque la impiedad y el racionalismo proclaman la libertad de conciencia y de profesión (Carrasquilla, p. 646).

Y, parece ser que la beata tenía razón, pues aún hay conventos y estas palabras que se resisten a la burla por la particular forma de ser mujer, toman hoy una fuerza y una potencia inimaginables pues estas sociedades que ensalzan desde el discurso las democracias siguen intentando invisibilizar lo diverso, amoldarlo a lo hegemónico, domar los cuerpos subversivos que no se ajustan al modelo.

ENTRE MÁQUINAS DE COSTURA Y TABLEROS...

Es de anotar que la mujer antioqueña ha estado vinculada al mercado laboral desde las primeras décadas del siglo XX, como agricultora, costurera, lavandera, cigarrera, cocinera, panadera, bordadora, aplanchadora, servidora doméstica, sombrerera, tejedora, obrera, entre otros, y en este ejercicio laboral se veía sometida a arduas jornadas y abusos en su salario y sexualidad, dado que no pocas veces los capataces o patrones las obligaban a tener relaciones sexuales con ellos. Es de suma importancia para el asunto en cuestión evidenciar que:

La jornada laboral de las trabajadoras domésticas se iniciaba a las cuatro de la mañana —cuando molían el maíz y asaban las arepas— y continuaba hasta la hora en que sus patrones las requerían; para ellas no había descansos dominicales ni vacaciones y solo a partir de los años treinta se les concedieron las tardes del domingo libres; se puede decir que estas mujeres vivían en una especie de esclavitud doméstica. (Reyes Cárdenas & Saavedra Restrepo, 2005, p. 47).

Debe decirse que estos primeros trabajos (que no las exoneraban —ni exoneran hoy— de su labor en el hogar), se ajustaban a la idea de una mujer que aunque pasara algún tiempo fuera del ámbito doméstico, no podía poner en riesgo sus virtudes, esto es, a pesar del contacto con el mundo público una buena mujer conservaba la dignidad, la compostura, el recato, la modestia y prudencia propias de su condición femenina. Perder la delicadeza en el hablar o en los modales daría lugar no solo a la sanción de sus padres, hermanos mayores, novios o esposos, sino que daría la razón a las voces conservadoras que se oponían a su ingreso a la estructura de la producción en serie y abogaban por su retorno a su hogar en el que ella era la reina y en el que estaba protegida de los terribles peligros que hallaría en la calle.

No se concebía a la mujer dentro de los ámbitos masculinos de labor política, por ejemplo, porque en dicho mundo los hombres se despedazan como fieras; por tanto, las mujeres no deberían intervenir en él, sino quedarse en el hogar o ir al templo a rezar por la patria. Ingresar al mundo de la política es dejar: “[...] el silencio del hogar, en donde ciñe vuestras sienes la santa corona de las madres o la diadema de rosas de la inocencia, para tomar parte en luchas enconadas, que son gaje triste y amargo de los hombres” (N/A, De la Iglesia a la casa, 1922).

Será en los años treinta cuando el llamado progreso llegue a Medellín y se transforme en una ciudad con calles pavimentadas, barrios nuevos, servicios públicos, red telefónica, automóviles, ferrocarril, negocios comerciales, fábricas, como por ejemplo en 1904 la Compañía de Tejidos de Medellín, en 1911 la Compañía de Tejidos Rosellón, en 1932 Fatelares, Pepalfa en 1934, entre otras. Fábricas en las que

Mujeres y niños con bajos jornales y una alta dedicación en horas de trabajo, eran la mano de obra perfecta para una industria tecnológicamente deficiente y que necesitaba mucho tiempo laboral para ser productiva; en las precarias condiciones tecnológicas de la industrialización antioqueña recién inaugurada, solamente con bajos salarios y largas jornadas las empresas podían ser rentables (Reyes Cárdenas & Saavedra Restrepo, 2005, p. 32).

La mujer-trabajadora se desempeñará en este período de modernización de la ciudad no solo como costurera, dactilógrafa, secretaria, obrera, tejedora, sino que se hará notable la función de maestra, que en no pocas ocasiones eran enviadas a pueblos y veredas a ejercer su oficio en condiciones precarias y sin los materiales suficientes para desplegarse laboralmente, cir-

cunstancia que permite se ponga en escena el catálogo de virtudes diseñado para las mujeres medellinenses de 1920 a 1957. Así, pues, ser mujer-maestra era dedicarse a una noble y reconocida labor para la que era más necesaria la dignidad de una moral intachable que los grandes conocimientos de ‘eruditos descarriados’. Esta labor educativa era llevada a cabo por hombres en el bachillerato, en su mayoría, y por mujeres en la primaria, dado que eran ellas las que podían dar a sus estudiantes la continuación de esos cuidados maternales cargados de firme ternura; por eso se les recomendaba.

La emoción, o lo que también se llama sentimiento, es el vehículo para comunicarnos con el niño, por eso las maestras deben saber que la cólera tiene efectos contraproducentes en los niños...Una familia o una clase escolar poseída del miedo, no hará nada meritorio porque las obras de mérito son la expresión de un espíritu independiente y libre. El miedo ciega el espíritu y abruma el físico del individuo, e impide que el poder creativo de la persona se manifieste (Angelo, 1938).

Estas mujeres-maestras ostentaban un lugar preponderante en la comunidad y no era inusual que se pensara que debían quedarse solteras para que pudieran dedicarse enteramente a sus ‘hijos espirituales’, es decir, a los estudiantes a quienes consagraban su tiempo y salud. Estas mujeres-maestras se entregaban en cuerpo y alma a su función, ya que consideraban loable y meritoria la educación de los niños y niñas que sostendrían la patria. Estas mujeres-maestras estaban adornadas con las virtudes de la justicia y la rectitud que exigían a todos sin preferencias; además, contaban con otras virtudes como la modestia, la calma y la madurez.

Mujeres-maestras que debían sentir celo por su oficio, es decir, su preocupación mayor sería su labor y el amor por los niños su motivación; por tanto, no concebían su función como un trabajo, pues era más que eso: una misión que les encomendaba la sociedad; por tanto, ellas se esforzaban en conocer al niño, sus cualidades y defectos para poder cultivarlos o corregirlos, según el caso; para eso debían formarse en la observación atenta, la prudencia, la firmeza y la dulzura, más que la capacitación académica¹.

1 El liberalismo en el gobierno de Olaya Herrera (1930-1934) “no solo buscó de forma abstracta la renovación pedagógica de las escuelas, sino que buscó de manera concreta cambios intelectuales profundos en la cultura pedagógica de los maestros. Múltiples formas se ensayaron en esta dirección, aunque poco sepamos sobre los resultados de tales esfuerzos. Reformas de ley para modificar el estatuto del maestro; puesta en circulación de nuevos textos —la Nueva Biblioteca Pedagógica—

Es interesante leer la descripción que sobre ellas se encuentra en el Archivo de Antioquia, ya que evidencia lo que sabían; por tanto, lo que enseñaban:

La maestra. Hija de campesinos o de familia de pueblo. Hizo un año o dos en el colegio, donde aprendió a bordar, a hacer dibujos de colores vivos, a recitar el Astete, a contar anécdotas de la Historia Patria, algo de geometría y un poco de Aritmética. Estas maestras no tenían ninguna formación pedagógica y llegan a su lugar de labor, en no pocas ocasiones, gracias a las influencias de sus familiares. (Vallejo, 1936).

Es de suma importancia evidenciar que en la Medellín de 1920 a 1957 (obviamente desde antes y aún ahora) se reflexiona generalmente sobre la educación formal, porque posibilita demostrar que habrá tantas posturas sobre la educación como personas, y todas estas visiones, dependiendo del corte político al que se pertenezca; por ejemplo, si es conservador defenderá la moral y la religión como parte fundamental de la escuela; si es liberal, propenderá por posturas más abiertas e incluyentes; si es comunista, más a favor de las masas. Esto por lo menos, en teoría educativa, ya que en cuanto al voto, las posturas no son tan diferenciables. Retornando a lo educativo, debe anunciarse que las Normales se pensaban en función de dar respuesta a los planteamientos que traía consigo el tiempo vivido como moderno y actual:

Por esto en las escuelas normales debiera prescindirse de la enseñanza de muchas materias que jamás llegarán a tener explicación en el seno de las escuelas primarias y, reduciendo el pénsum los preceptores podrán dedicarse a probar vocaciones para evitar así que más tarde pueda decirse del magisterio lo que alguno dijo del manicomio: “Ni son todos los que están ni están todos los que son”. Otra forma de mejorar la educación es haciendo del ambiente escolar algo armónico, bien decorado. Seguidamente se espera en la escuela niños que hayan sido bien educados en sus hogares. Deben los gobiernos pagar buenos sueldos a los maestros públicos corrigiéndolos en privado, no

que efectivamente llegaron a formar parte de la lectura de los maestros en provincia; cursos de formación por correspondencia; reuniones de actualización en las capitales de departamento, a cargo de las Secretarías de Educación; papel de los inspectores y de la inspección escolar; y organización de centros y liceos pedagógicos, como mecanismo de difusión y discusión locales y regionales de la nueva Pedagogía. Todos ellos fueron, junto con otros más, elementos que se pusieron en marcha para lograr el objetivo de cualificación del magisterio, un objetivo del que participaron maestros liberales y conservadores de manera activa y compartida en muchos lugares del país”. Silva, Renán. *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia. La Encuesta Folclórica Nacional de 1942: aproximaciones analíticas y empíricas*. Medellín: La Carreta Editores EU. p. 51.

obligándolos a enseñar todas las materias, no imponiendo métodos extraños de enseñanza. (Eleázar, 1925).

Entre 1920 y 1957, debía educarse el alma mostrando los valores morales que harían de hombres y mujeres buenos cristianos, personas caritativas, honradas, trabajadoras, honestas; también el cuerpo, que debía mantenerse limpio, controlado; por tanto, no era pertinente que se desvinculara la religión de la escuela, ya que no habría manera de formar al hombre en la perfección cristiana. Se recomendaba enseñar canto, porque educa el oído, desarrolla las cuerdas vocales; si se cantan himnos religiosos, se afianzan las creencias; se ayuda a disciplinar los estudiantes, porque exige atención y suaviza el carácter; además mantiene vivo el sentimiento patriótico. Se insistirá en la necesidad de educar los sentidos del cuerpo de los niños para que sean ellos quienes lo dominen, y no al contrario. De alguna manera se perciben tendencias a dividir al hombre en dos realidades dicotómicas: cuerpo y alma, pensando que el primero es causa de males, por tanto necesitado de la disciplina que le impida el descontrol moral que lo llevará por sendas de la ya mencionada sensualidad.

El docente recomendará a los estudiantes no usar ropa muy apretada, hacer deporte, cantar y cuidar la respiración. Las aulas deben ser ventiladas. Los sentidos deben ser educados, por ejemplo el gusto enseñando a ingerir toda clase de alimentos, evitar bebidas alcohólicas fuertes. El olfato debe formarse incluso desde la moral, debido a que el exceso de perfume quita a los hombres el timbre de la virilidad de su carácter. El alumno debe aprender a mantener la piel limpia, las orejas, no introducir objetos punzantes en los oídos. (Giraldo, 1928).

Se educan los sentidos para fortalecer la voluntad que resiste al pecado como base de la moral católica. No se pretendía que los niños se dieran cuenta de su existencia, sino que sintieran las diferencias entre los mismos y entendieran que a partir de ellos, si se cedía a excesos como la gula, por ejemplo, se caería en el pecado; por lo tanto, era necesario formar hábitos, es decir, automatismos logrados a partir de la repetición que posibiliten estar atentos a las tentaciones y resistirlas de manera virtuosa. Estos hábitos debían fortalecer las tendencias buenas y controlar las malas, que no solo provienen del interior, sino del exterior que, como ya se ha mostrado, estaba siendo vigilado en la escuela por la mujer-maestra, que era tenida como modelo de vida.

No es pertinente dejar de lado que se educan los sentidos. Además, para detectar posibles dificultades o enfermedades que tengan los niños —sordera, mudez, sordomudez o ceguera—; para la época no era extraño nombrar idiotismos o cretinismos. En este momento histórico se hacía una diferencia entre Instrucción —que mira fines individuales, da elementos para luchar en la existencia; se entiende como edificar, hacer provisión, almacenar—, y Educación², que persigue fines sociales, propende por la rectitud, la ordenación de la vida, guía, conduce: “A la educación le compete defender la religión, la moral. La educación busca la realización de potencialidades, cultivar el sentimiento de lo bello y sublime, en la noción de patria” (N/A, Necesidad de defender el pensamiento religioso en la educación del hombre, 1925).

UN ESPACIO PARA LAS IMÁGENES DE MAESTRAS...

Los comerciales de la prensa permiten la recuperación, aunque no total, de las imágenes y representaciones femeninas a la vez que reconocer

2 Es interesante hacer notar que Tomás Carrasquilla en un ensayo titulado “La sencillez”, habla de la educación en los siguientes términos: “Educar no es otra cosa que retraer un individuo de la colectividad, y esto es, precisamente, lo que todo el mundo se propone al cultivar a otros o a sí mismo. Un culto es un salvado de la montonera. ¿Será esto un bien tan grande como se cree? ¿Quién podrá saberlo? Pero todos conocemos seres a quienes hace infelices su misma educación, o sea la superioridad con respecto a las gentes entre las cuales actúa. Y esta infelicidad depende, cabalmente, de que las complicaciones que traen consigo el mucho saber y el mucho sentir, no engranan ni se conexionan con el común de las gentes, ni pueden en ellas encontrar eco alguno. Tratándose como se trata, de ser separado por el espíritu y por el sentimiento de una agrupación cualquiera, ¿cómo puede establecerse entre él y ella simpatía, ese como convenio tácito que forma la dicha y la fuerza solidarias de toda sociedad?” (p. 728). Texto bello que pone en evidencia una tendencia educativa que separaba al intelectual del ser humano ‘común’; por tanto, había una hostilidad entre ambos que impedían las relaciones sencillas entre los hombres y mujeres que debían juntos construir un proyecto de vida social y nacional común; por tanto, según el autor, la educación no debía ahondar la separación de clases, sino todo lo contrario: “...que la sobriedad y no el exceso, lo simple y no lo complejo, han de ser la norma en estudios de todo linaje; y que, ya que los ignorantes no podemos subir hasta los sabios, bajen ellos hasta nosotros, merced a una ingenuidad altruista, que en los superiores debe ser muy posible, si no muy frecuente. Así se cumpliría el bien social y humanitario de la ciencia”. (p. 729). Finalmente resulta llamativo que Carrasquilla insista en que se “cultive la bobada” en los eruditos, debido a: ¿Qué fuera de esos superiores si hubiesen de vivir siempre en serio, siempre en el arca sellada de su sabiduría? Se murieran de tedio o de empalago, si no se dieran los asuetos de sus tonterías. Ni aún podría decirse que viven en la tierra, si no se desahogan por estos respiraderos, porque la humanidad, la vida, en cosas y en personas, mírese como se quiera, tiene más de tonto que de al, como decimos los “académicos”. Carrasquilla, Tomás. Obras completas. Tomo primero: Colombia. p. 729

su participación en los espacios a ellas asignados. La prensa es una fuente que ayuda en el ejercicio de recobrar y resignificar la memoria colectiva; en ella aparecen expresadas las formas de pensar, moverse, vivir la cotidianidad, aparecen, también, los prejuicios, los estereotipos, las costumbres, las ideas sobre la mujer. La prensa, pues, educa, perpetúa ideales, informa, vende, cuestiona e ilumina a hombres y mujeres de todas las épocas que se interesan por el estudio histórico de algún evento o discurso. Por tal razón, se reitera, en este escrito nos ocupamos de algunos avisos comerciales que nos ubiquen en la forma cómo era pensada, sentida, protegida y vigilada la mujer, sus espacios vitales, sus labores, sus deseos y peligros.



Un aviso comercial de Fabricato muestra a la maestra y a algunos estudiantes que están de espaldas al tablero. ¿Cómo pueden leer lo allí escrito? La actitud de las niñas no es la más atenta a la palabra o explicación de la maestra (que tampoco parece estar dictando clase); ellas conversan entre sí, no llevan uniforme escolar; por tanto, da la impresión que hacen del tablero un accesorio para escribir el comercial, mas no un instrumento de la escuela como lugar propicio para aprendizajes diferentes a saber de telas y modas, asunto que seguramente no aparece en el manual o libro que carga la maestra. Es posible que por eso dé la espalda y baje la mirada ante la alegre conversación de las niñas, aunque no las descuida, escuchado atenta y vigilante.

Las chicas son de piel blanca y por lo cuidado de sus cabellos no parecen pertenecer a la clase de menores trabajadoras que, por ejemplo Fa-

bricato tenía como empleadas (niñas de 13 y 14 años³). Parecen, pues, chicas cuyos padres pueden comprar telas coloridas, de flores, puntos, o cuadros —que otras tejen— para hacer vestidos y lucir con ellos su gracia, finura y feminidad en potencia. Son niñas que rozan sus cuerpos, sostienen miradas, sonríen ingenuas mientras a sus espaldas se tejen discursos que abogan por un patriotismo que se demuestra comprando los productos generados por la empresa emblemática de Antioquia.

Tal invitación al patriotismo está hecha en una letra preciosa, “pegada”, clara, estilizada, de esas que se cultivan con las “monjas”, cuyo aprendizaje seguramente traía consigo más de un ‘reglazo’; letra perfecta, entrelazada, bien distribuida en el tablero. La mujer-maestra es bellísima, joven, finamente cubierta por el vestido; con una mirada candorosa, triste, sumisa que no acepta ser directa, insinuante o fuerte con quien la observa; son ojos que se intuyen expresivos y sensibles, pero que no consienten el desafío del encuentro con otro. Es una mujer suave, limpia, con cabellos arreglados y cuello sin adornos, un digno ejemplo de “doncella cristiana”: virginal, prudente, vigilante.

Siguen ocultándose las partes que delatan el cuerpo de mujer....los vestidos de todas las mujeres, maestra y estudiantes, cubren los senos que no se pronuncian ni adivinan. El espacio es amplio, pulcro y de concreto, lleno de rigor y sobriedad, limitador, controlador —obliga a estar sentadas a las niñas y de pie a la maestra—, el cuerpo se enmarca y aplana, se aleja de su naturaleza voluptuosa.

3 Luz Gabriela Arango, en su libro *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*, escribe que el personal de Fabricato (1923-1944) es mayoritariamente femenino, privilegiando las solteras o viudas, hijas de familias cristianas y sensibles al discurso religioso que propende por la responsabilidad y la virtud. El patrón, como símbolo de autoridad, establecía una relación paternalista con los obreros, los llama por su nombre, sabe sus problemas, interviene en problemáticas familiares sin necesidad de que se le convoque, les alquila viviendas construidas por la fábrica, les presta para medicinas, entre otros. Las mujeres son preferiblemente de Bello o de Antioquia y llegan a la empresa recomendadas por sus padres o por un sacerdote. Instalan dentro de la empresa a una comunidad religiosa (Hermanas de la Presentación) y un capellán (quien a partir de 1944 dirigirá el Sindicato que, por tanto, era débil y fácil de manejar por los dueños, debido a que trabajan en común acuerdo), para que orientaran la conducta moral de las obreras que habitaban en un interno. Se promueve la idea del no embarazo —ni siquiera entre las pocas obreras casadas—, ya que eso perturba la disciplina industrial, que no era compatible con las obligaciones de la crianza; se dispone la imagen del Sagrado Corazón en cada salón para recordar que ‘Dios nos ve’.



La otra docente, la del comercial de la Tipografía y Papelería Sansón, es una anciana llena de experiencia y bondad, una típica abuela que habla a estudiantes, curiosamente de ambos sexos. El rostro de la maestra está sin maquillaje, sonriente, con una mirada terriblemente maternal; sus cabellos cortos y ordenados. Está vestida sin mostrar ninguna sensualidad y da la impresión de que su blusa asemeja un delantal, signo quizás, de servicio y cuidado; el collar que adorna su cuello y armoniza su vestido no parece ser llevado para gustar al otro, para despertar admiración, sino como lo que es: un accesorio, es decir, algo secundario, algo que no exalta bellezas ni soluciona vanidades.

No hay un tablero definido, pero los estudiantes miran hacia él con atención. Están, los chicos y chicas, sentados con el cuerpo muy recto —disciplinado—; juntos, pero sin rozarse excesivamente; tampoco llevan uniformes... es como si en ambos comerciales deliberadamente los obvieran a

pesar de estar unificando el lugar primordial del patriotismo y el tipo de útiles que deben llevar a la escuela. Los chicos están vestidos con formalidad, es decir, chaqueta y camisa de cuello; eso los hace ver elegantes, distinguidos, serios, formales. Las chicas llevan el cabello corto, y podría pensarse que es para poder estar con chicos en la escuela, esto es, deben masculinizarse para acceder al conocimiento. Se aclara: en el imaginario social las mujeres de cabellos largos son más sensuales, coquetas, juguetonas y deseables; los hombres, en su mayoría, sienten una peligrosa fascinación por cabellos sedosos, brillantes, al momento de las relaciones íntimas el cabello es seductor y un instrumento de deleite; por tanto, estas chicas lo tienen corto para no ser tentadoras.



La señorita 'Doremifa'...la maestra de piano, la cumplidora fiel de la 'noble tarea de enseñar', la que se burla de sí misma para hacer llevade-

ras las preguntas impertinentes por su soltería. Es, según Pepita, una mujer paciente y dulce. Pepita no la toca, no la roza con sus manos, ni siquiera la mira...eso podría mostrar el respeto gigante que se profesaba a la maestra en una época en que se les consideraban personas dignas de toda reverencia. Ante ellos el rigor, la mesura, el ‘juicio’, eran de carácter obligatorio.

La maestra en una dama madura en la que se adivina cierta belleza de juventud, usa lentes que permiten pensar en un tinte intelectual y de señorío. En sus manos —por demás delicadísimas, bellas y muy blancas— carga una partitura, lo que abre la puerta a especular en torno a la realización de estudios musicales de alguna altura. Sus labios se pliegan en una sonrisa amable, pero, sus ojos no sonríen, sino que guardan la severidad propia del maestro que se hace respetar con solo una mirada. Sus vestidos son sencillos en el estilo, elegantes pero sin excesos...parece ser una mujer de clase no muy alta. No ostenta accesorios y no parece ser el tipo de mujer que gasta mucho tiempo con productos de belleza; más, podría pensarse que usa un perfume de esencia delicada que le permite estar en contacto con sus estudiantes sin incomodarlos con olores poco agradables al olfato.

A MODO DE CONCLUSIONES

Para finalizar, exponemos que la condición de la mujer es una creación histórica cuyo contenido es el conjunto de circunstancias, tiempos, espacios, cualidades, formas de comportamiento, actitudes, capacidades intelectuales y físicas, características que la ubican y “definen” como ser social y cultural. Tal identidad se ha concentrado en lo materno como forma naturalizada de realización que, al no hallarse dentro del matrimonio se busca y construye en roles distintos, pero con el mismo catálogo de virtudes.

La mujer medellinense de 1920 a 1957 debía asumir, en todas sus facetas (madre, esposa, monja, prostituta, novia, obrera), una gama de cualidades y virtudes que la hicieran una excelente compañera del hombre (esposo, patrón, novio, cliente, Director Espiritual), es decir, un dechado de feminidad, delicadeza, sencillez y elegancia, bondad, fragilidad, cortesía:

La mujer cortés no se enfrenta con un hombre en discusiones para luego quedar humillada, sino que “se le pone de lleno en una obra de dulce y pasiva precaución: trata de convencer sonriendo, con una palabra suave, con un gesto amable, y lo consigue casi siempre. Y cuando no convence, cede. Cortesía es saber alejar la ofensa que viene en camino”. (N/a, 1922).

No se concebía una mujer autónoma, independiente, dueña de sus pensamientos y decisiones, segura de sí misma, habilitada para decirse con criterio y fuerza. No se aceptaba la existencia de la beligerancia por ser des cortés. La mujer debe intentar ser agradable a todos, para eso debe potenciar su feminidad, es decir, ser delicada, tierna, dulce, pues si tuviera modales varoniles sería intratable.

La mujer medellinense de 1920 a 1957, monja o maestra, la subordinada por la voz y la palabra del hombre, situó fuera de sí el sentido de su vida: en los hijos, en los pobres, en los enfermos, en los estudiantes, en Dios, en la madre y el padre anciano, en los hermanos huérfanos, en el cumplimiento del deber por encima de sí misma. Es una mujer que prefiere sufrir a ver sufrir a los que ama y a quienes se consagra abnegada y lealmente, dado que con facilidad imagina lo que están sintiendo: hambre, sed, soledad, angustia. Es una mujer intuitiva que para llegar a conclusiones no necesariamente tiene que hacer procesos logarítmicos de razonamiento; por eso, se desempeña bien anticipando los deseos de los otros y complaciéndolos.

El cuerpo de la mujer es el espacio del deber ser, de la dependencia vital y del cautiverio, como forma de relación con el mundo y de estar en él, como forma del ser social mujer y de la existencia de las mujeres particulares. Cada cautiverio es a la vez, dialécticamente, espacio de opresión y de libertad. Es espacio de libertad, porque en él la mujer es de manera plena. La mujer existe a partir de alguna de las definiciones de su condición histórica, de ahí que su espacio es opresivo porque el contenido de la existencia no ha sido decidido por las mujeres, tampoco ha sido decidido por los hombres de manera voluntaria, sino por las necesidades de la sociedad patriarcal y clasista, y porque al existir las mujeres son oprimidas (Legarde, 1990, p. 174).

Finalmente, la maternidad naturalizada en la mujer-madre, se ve también en escena en otras subjetividades femeninas como la monja y la maestra que, no solo deben asumir el catálogo de virtudes de la mujer antioqueña, deben asumir otras particularidades en los que la gestión de sí no aparece. Hoy, las madres, las maestras y las monjas siguen siendo cuerpos femeninos sujetados, y entender los discursos históricos de los que son herederas es fundamental para sentar las bases de la resistencia desde la comprensión de la cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- Angelo, P. (1938). Su niño. El peligro de la amenaza. *El Colombiano*.
- Carrasquilla, T. (s.f.). *Obras completas*. Segundo Tomo. Colombia.
- D'erzell, C. (1933). Yo como mujer. *El Colombiano*.
- Eleázar. (2 de enero de 1925). Conceptos pedagógicos. *El Colombiano*.
- Giraldo, V. (abril de 1928). Higiene en la escuela. *El Colombiano*.
- Laverde Toscano, M. C. & Sánchez Gómez, L. H. (1986). *Voces Insurgentes*. Bogotá: Fundación Universidad Central. Servicio Colombiano de Comunicación Social.
- Legarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección General de Estudios de Posgrado. Facultad de Filosofía y Letras. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Lombroso, G. (1937). *El alma de la mujer*. París: Payot.
- Mourois, A. (10 de Mayo de 1936). La secretaria. *El Colombiano*.
- N/A. (7 de Febrero de 1922). De la iglesia a la casa. *El Colombiano*.
- N/A. (14 de Septiembre de 1922). El arte de la cortesía. *El Colombiano*.
- N/A. (30 de Enero de 1925). Necesidad de defender el pensamiento religioso en la educación del hombre. *El Colombiano*.
- N/A. (6 de Enero de 1935). La mujer no debe pintarse. *El Colombiano*.
- N/A. (18 de Noviembre de 1952). Lo que ellos opinan: un amigo mío define la feminidad. *El Colombiano*.
- Pitillas, O. (1922). La medellinense. *El Colombiano*.
- Reyes Cárdenas, A. C. & Saavedra Restrepo, M. C. (2005). *Mujeres y trabajo en Antioquia durante el siglo XX. Formas de asociación y participación sindical*. Medellín: Escuela Nacional Sindical.
- Ríos, M. L. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección General de Estudios de Posgrado. Facultad de Filosofía y Letras. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Sáenz Obregón, J. & Ospina, O. (1997). *Mirar la infancia: Pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Colombia.
- Vallejo, J. (1936). *Informe al señor Gobernador*. Medellín: Archivo Municipal.
- Vasco Gutiérrez, E. (1956). *El breviario de la madre*. Medellín: Bedout.